

Un único corazón

ALEJANDRO DUQUE AMUSCO

Valencia, Pre-textos, 2022, 88 pp.

De cinco partes, un prefacio y una nota explicativa final “Sobre el poema *Balada para dormir al soldado Rudi Sureck*” consta el poemario de Alejandro Duque Amusco que lleva por título *Un único corazón*. Ha salido a la luz gracias al sello valenciano Pre-textos, solo un año después de que publicase en la sevillana Editorial Renacimiento su colección de estudios sobre Francisco Brines: *Cenizas y misterio*, y dos más tarde de que en la misma casa apareciese la antología poética que, al cuidado y con prólogo de José Corredor-Matheos, se rotuló como *Noche escrita*. En esa selección figuraban ya varios poemas que iban a incorporarse al libro cuya salida da ocasión a esta reseña, y que en él se han integrado en secciones distintas.

Cincuenta y cinco textos ha incluido el poeta en dichas cinco partes, que refiero conforme a su orden secuencial: “Sur”, “Servidumbre de amor”, “Para una reina de corazón gitano”, “Memento”, y “Zona crítica”.

Una de las muchas peculiaridades rítmicas de este *corpus* reside en que su sección tercera la integran siete poemas breves del tipo de algunos cantares de los hermanos Machado (tres versos octosílabos, rimando el primero y el tercero en asonante). Otra nota que habría de destacarse consiste en que en las demás secciones predominan textos constituidos por largos versos que, en su mayoría, doblan su línea en el formato material de la caja; un detalle al que están bien habituados los lectores de otros libros de Duque Amusco. Y una tercera praxis que ha de anotarse es que un par de poemas (“*Air mail*”, y “Meditación sobre un paisaje de nieve”) se singularizan rítmicamente por haber sido elaborados a manera de prosa.

Encabeza el libro un prefacio donde el autor comenta el sentido que ha dado al título, precisando el porqué del calificativo que antepuso a la palabra “corazón”. Explica que ese vocablo, “corazón”, no se

circunscribe al de uno, sino al de todos, concurriendo en su significado tres instancias: la memoria, el amor y la tradición. Memoria porque no comprende solo la propia, sino la colectiva, que nos ha sido legada. Amor porque no se limita al de un ser humano individual, sino que abarca toda la historia secular. Y tradición, añadido que con énfasis en la artística y literaria, aparte de la intrahistórica, porque nos custodió la memoria y experiencia vividas y también escritas del amor.

En la sección inicial del libro, agavilla Alejandro Duque Amusco nueve poemas en los que se deja sentir preferentemente el transcurso del tiempo, percibido a vueltas de los distintos asuntos poetizados: la niñez campesina entre pinares y en la casa sureña; el jardín que, al retornar el adulto a él, suscita nuestra memoria infantil; el recuerdo de la inolvidable y servicial Eduarda; un retrato de familia de 1956 que sigue reflejando las sonrisas de quienes continúan con vida, e incluso la de quienes fallecieron; y la victoria de una flor, probablemente simbólica, al mantener su belleza tras la superación de un clima invernal que, en principio, habría de serle hostil. En el trasfondo del poema “Luminarias”, con el que se

pone fin a esta parte, subyace el devenir del tiempo, manifestándose la idea de sobrevivencia a través del brillo de temblorosas luces estelares sumergidas y en la reelaboración (“Nadar sabe mi alma el agua de la noche”) de un emblemático verso de Quevedo (“Nadar sabe mi llama el agua fría”).

Son once los poemas del segundo grupo, en el cual se congregan variaciones sobre el amor, la mayoría poetizadas a partir de lecturas que contienen diferentes experiencias amorosas. En la confección de este ramillete poemático han influido de manera explícita las letras bíblicas (la historia de Holofernes) y medievales, directa o indirectamente (el fabulario y Juan Rodríguez del Padrón, autor del *Siervo libre de amor*), los poetas latinos Catulo y Propertio, el metafísico inglés John Donne y la poeta granadina Elena Martín Valdi, de quien se cita un paratexto meditativo al frente de “Primera muerte”. De manera alusiva asoma en esta sección Horacio, merced a su frase *Non omnis moriar*, aserto reelaborado en “Nada muere del todo y menos el amor”; y Ovidio, de la mano de *Cum subit illius tristissima noctis imago*, una lastimera constatación del tiempo ido que se lee en sus *Tristia*.

Entre las mencionadas variaciones amorosas que se desarrollan en los poemas, algunos desenvueltos como glosas de incitaciones textuales de la tradición, figuran las que enumero: la invitación a vivir el goce en la realidad palpable, la metabolización y mirada hacia adelante del desencuentro en el amor, la soledad amorosa, la fuerza de la pasión por encima de cualquier experiencia límite y la apertura a una nueva esperanza erótica.

Ocupan el centro del libro siete poemas en homenaje a Manuel Machado. Como se anticipó, adoptan la forma de cantares o, si se quiere, de soleares. En sus estrofas de tres versos de contenido amoroso se traza una historia enmarcada en el simbolismo de la fuente, de la que mana un agua que ya nunca regresará a su origen. La serie comienza cantando la pujanza del amor, que alimenta la vida, a través de sus goces profundos y placenteros, y prosigue mostrando la cara apenad

Trece son las composiciones que comprende la sección que hace cuatro, y cuyo título, “Memento”, ya indica que está referida a la muerte; no sin acaso dicha palabra remite a la advertencia latina *Memento mori*. Se abre esta penúltima parte con un texto que constituye

una variación lírica sobre el tópico de la vida humana vista como una vela, aquí como una “existencia hecha de luz” (45) que va declinando lentamente. De índole simbólica parece ser también la composición “Carrusel”, que pudiera significar la rotación de alegrías y amargos adioses que empareja el hecho mismo de vivir. Poema del género “cementerio” es el sepulcral “Postimerías”, inspirado en las Catacumbas palermitanas de los capuchinos, y en el que se ironiza con sorna sobre el último teatro, esta vez fúnebre, de las apariencias.

Un par se inspiran en dos insignes escritores. El centrado en Jean Moréas termina con una variación basada en el tropo de la vida como sueño, o ni siquiera, como mera sombra de él; y si se me apura, como sombra de su sombra. En el que inspiró el británico Dylan Thomas se celebra su ulterioridad como poeta en el ambiente neoyorkino del White Horse Tavern, que tanto frecuentó. Varios están dedicados al recuerdo de personas amigas; así, “Una copa de vino para los muertos”, “A Jania” y “*Air Mail*”. También lo está, sin personalizarlos expresamente, “La agenda olvidada”. La vida leída como viaje hasta el puerto seguro de la muerte renueva su estela secular,

poetizándose en “Última tempestad”. Se reserva un lugar muy significativo de este grupo de textos a “Noticia de la noche”. Trata sobre la desaparición de los seres humanos a causa de la augurada y acaso inevitable colisión de la Tierra con la galaxia de Andrómeda, que supondrá, salvo que no sea así, pues se deja en suspenso, que todo sea borrado; de lo que se desprendería que no habrá “salvación” gracias a la palabra ni cualquier otra creación artística, por excelsa que haya podido considerarse.

En la sección quinta y final, integrada por quince poemas, culmina una segunda mitad de *Un único corazón*, sin duda más extensa; de modo que la obra se articula como un *crescendo* textual desde su principio, con el paréntesis de su axis intermedio. La composición “Fragilidad” finaliza con un verso, “El arte es un amor callado”, que pudiera relacionarse uno de los núcleos básicos de esta denominada “Zona crítica”: el cultivo de las expresiones artísticas, entre las que se contempla la escritura. Otro poema, “La larga travesía”, se inicia manifestando una creencia (“Lo bello es la medida de lo eterno”) que en el fondo sigue siendo la misma si se formula invertida (“Lo eterno es la medida de lo be-

llo”). Esa belleza no solo se distingue en el arte, y en la poesía, sino en las actitudes abiertas, generosas, entregadas, que pueden presidir la conducta de las personas, de los grupos, de los pueblos.

Libro sustancialmente metafísico en virtud de la plasmación temblorosa del paso del tiempo, así como de vivencias diversas suscitadas por el amor, otro motivo también medular lo conforman la creación literaria y, dentro de ella, la poética muy interiorizada y sentida. En *Un único corazón* el poeta sevillano nos poetiza pálpitos estéticos y éticos del existir humano ante la hipótesis de lo eterno.

José María Balcells Doménech
Universidad de León